

Premio FAES de la Libertad a Luis Almagro

JUEVES 15 DE MARZO DE 2018

Es una gran satisfacción que un año más, con la presencia de todos ustedes, la Fundación FAES haga entrega de su premio de la Libertad. El octavo que entregamos, en este caso, en reconocimiento que los méritos que el patronato de la Fundación ha apreciado en la persona de Luis Almagro, secretario general de la Organización de Estados Americanos, político y diplomático uruguayo y una voz respetada, íntegra y coherente que en la comunidad internacional se alza en defensa de la democracia y el Estado de derecho.

El premio FAES de la Libertad ha reconocido a personas y entidades caracterizadas por su compromiso con este valor supremo. Pero, a través de este reconocimiento, ha querido poner de relieve algunos de los grandes procesos políticos movidos por el objetivo de alcanzar la libertad y la democracia.

Quiero recordar el primer premio, que entregamos a Su Majestad el Rey Don Juan Carlos porque en su persona no sólo quisimos reconocer su firme convicción en un España democrática sino que quisimos recordar lo que significó nuestra Transición, el pacto constitucional, la reconciliación entre los españoles y el alumbramiento de un proyecto común de libertad del que la Corona fue impulsora y artífice esencial.

Hoy el reconocimiento que expresamos a Luis Almagro es el reconocimiento a su labor, y la expresión de nuestro compromiso con la libertad en Venezuela y en toda América Latina y la admirable lucha de los demócratas venezolanos por el futuro de su país. Quiero saludar muy especialmente a los muchos miembros de la comunidad venezolana en Madrid que nos acompañan, a todos les hago llegar mi solidaridad y para ellos pido todo el apoyo que debemos prestarles.

Como uruguayo, Luis Almagro es un exponente cualificado de la mejor tradición democrática de su país. Y si he hablado antes de coherencia e integridad es porque Almagro ha dado muestras sobradas de ambas en su larga trayectoria en la vida pública.

Coherencia respecto a su estructura de creencias, defendiendo siempre la libertad y la democracia como pilares necesarios para edificar una sociedad mejor. Integridad, a la hora de mantener sus posiciones frente a todos aquellos que de forma explícita o implícita se oponen a los valores que la Sociedad Abierta necesita para sobrevivir, sean estos amigos o adversarios ideológicos.

Puso sus convicciones por encima de sus intereses personales y no dudó en renunciar a una brillante carrera política en su país cuando entendió que no podía compartir las posiciones del Gobierno al que pertenecía en asuntos esenciales. Y el compromiso con la libertad y la democracia es, sin duda, uno de ellos.

Es muy posible que si Luis Almagro fuera español, o yo fuera uruguayo, no votaríamos al mismo partido. Seguramente mantenemos opiniones distintas en diferentes temas y es también posible que nos identifiquemos con tradiciones políticas diferentes. Pero nada de eso impide nuestro reconocimiento. Porque luchar por la libertad, por la ley, por los derechos fundamentales, por las instituciones representativas, por elecciones libres, es un compromiso prepolítico. Es un compromiso por crear las condiciones en las que sea posible la política, la verdadera política. No se trata de imponer una determinada concepción de la política, sino hacer posible que puedan confrontarse pacíficamente todas las opciones legítimas en democracia.

Los españoles aprendimos pronto que cuando lo que está en juego es la construcción de un marco de convivencia para todos, el dilema no es entre derecha o izquierda sino entre democracia o autocracia.

Por eso he abogado siempre por la unidad de la oposición democrática y por eso bien conocemos los esfuerzos del régimen venezolano por dividirla y debilitarla. A mi juicio, la unidad sigue siendo un imperativo indiscutible, y la exigencia de elecciones libres, una exigencia indeclinable e innegociable. Es mi opinión.

Ya no se puede hablar sólo de deriva autoritaria en Venezuela. Hace mucho tiempo que el régimen dejó de derivar “hacia” para instalarse “en” la arbitrariedad, la violación sistemática de los derechos fundamentales, la coacción y la supresión de cualquier residuo de democracia. Detrás del desplome económico de Venezuela está el sufrimiento de los venezolanos.

Estudios recientes hablan de que más del 61% de la población vive en condiciones de extrema pobreza y esa cifra aumenta por días. Una sociedad rota por la pobreza y el exilio. Pobreza y exilio que el propio régimen genera para sobrevivir.

Durante la década de los noventa, Venezuela fue considerada como una de las mejores democracias en la región. Lo sorprendente es la velocidad a la cual se ha producido este proceso de degeneración. La que fue una de las sociedades más abiertas a nivel latinoamericano se encuentra en este momento blindada y cerrada ante el mundo, sufriendo un proceso de retroceso difícilmente previsible hace tan solo diez años. En veinte años se ha destruido un país. Literalmente.

El caso venezolano demuestra que todos los que creemos en la libertad debemos estar siempre vigilantes. Como decía Thomas Jefferson “El precio de la libertad es la eterna vigilancia”. La cuestión venezolana evidencia cómo una democracia consolidada muta primero en un régimen de carácter populista, de esos que ahora parecen tener cierta aceptación, y por último, se convierte directamente en un régimen autocrático.

Pero no deberíamos pensar que la advertencia de Jefferson aplica sólo a Venezuela. Vigilar para que los enemigos de la democracia no avancen es un deber que nos afecta a todos. Y vivimos tiempos en los que deberíamos extremar esa vigilancia. En casi toda Europa, los sistemas políticos están sufriendo una crisis profunda en la que el nacionalismo y el populismo están cambiando referencias democráticas fundamentales y condicionan la agenda política. Los partidos que durante décadas han representado las grandes tradiciones políticas occidentales se encuentran en pleno declive electoral, cuando no en trance de desaparición, mientras una profunda brecha generacional atraviesa la política. La salida de la crisis económica, con cifras de crecimiento y creación de empleo en España y en toda Europa desconocidas en décadas, no está resultando el antídoto del populismo que podía pensarse.

España, que vive una sólida recuperación, tiene también sus propios desafíos, que van a exigir un esfuerzo de acuerdo amplio y duradero entre

las principales fuerzas políticas, ahora y en el futuro hasta donde podemos prever. Ni las pensiones, ni la educación, ni la transición energética, ni el sistema fiscal, ni la estabilidad territorial se pueden afrontar sólo con decisiones de corto plazo y mayorías precarias. Nuestro sistema político tiene que ofrecer una prueba convincente a los ciudadanos de su madurez y de su eficacia, recuperando los mejores precedentes de acuerdo que se ha dado en cuarenta años de democracia.

Sin duda esa prueba es más exigente cuando persiste un intento secesionista y desestabilizador en Cataluña. Nacionalismo radical y populismo es un maridaje que mantiene a la sociedad catalana, a su futuro económico, a su cohesión, como rehén de las ensoñaciones fallidas del independentismo. Cataluña tiene que dejar de ser rehén del independentismo y afirmar que ni España, ni Europa ni la propia sociedad catalana admiten la secesión, la ruptura social y el empobrecimiento económico.

El nacionalismo y el populismo apuntan muchas víctimas potenciales pero para desgracia de tantos, Venezuela ya es una víctima real de estas patologías.

El pueblo venezolano ha sido víctima de un asalto; ha sido víctima de un expolio en toda regla de sus derechos y libertades, de su mejor tradición política e institucional, de su riqueza nacional. Y todos los que nos identificamos con los valores de la democracia, los que creemos en el Estado de derecho, en las instituciones representativas, debemos apoyar al pueblo venezolano y quienes representan sus aspiraciones. Tanto a los que están dentro, siempre con la amenaza del encarcelamiento y la tortura (en la actualidad hay más de 200 presos políticos) como a los que persisten desde el exterior aquí en España, o en cualquier otro país de América Latina. El respeto por los derechos humanos y el apoyo a toda medida en pro de la libertad en ese país debería ser una prioridad para los gobiernos occidentales. Y, concretamente, debería ser uno de los puntos centrales que identifiquen la política exterior del Gobierno de España, apoyada en el consenso más amplio entre las fuerzas políticas democráticas.

La cuestión venezolana no solo debería motivar acciones por parte de las instituciones del Estado. También la prensa y la sociedad civil españolas tienen mucho que decir. No debemos olvidar la cuestión venezolana. El hecho de que Venezuela siga siendo parte del debate público ayuda a enfrentar la dictadura.

Edmund Burke indicaba en el siglo XVIII que “el mal triunfará si los hombres buenos no hacen nada”. Sinceramente, creo que en la actualidad nos vemos en dicha tesitura. Venezuela es el más dramático de los casos pero sin duda no es el único. Se vuelve a escuchar con frecuencia preocupante aquella terrible pregunta de Lenin, “libertad, para qué”. Oímos hablar con una naturalidad creciente de las “democracias Iliberales”. No podemos contentarnos con ser hombres buenos pero inactivos.

No podemos dar la libertad como un logro adquirido para siempre, ni como un bien del que sólo algunas sociedades pueden disfrutar.

No hay lugar para la doble moral de aceptar para otros lo que no soportaríamos para nosotros.

No hay lugar para la benevolencia con un régimen por no se sabe qué falaces complicidades ideológicas.

No es aceptable imponer sobre la oposición democrática un deber de negociar sin garantías con quien ha dado pruebas sobradas de hacer de la negociación un artificio para su provecho.

La democracia pasa por momentos difíciles en estos tiempos. El final del siglo XX y el inicio del siglo XXI parecen haber puesto casi contra las cuerdas a nuestros sistemas liberal–democráticos tanto en Europa como en América Latina. La cosecha populista y nacionalista impugna las sociedades abiertas, las instituciones internacionales, la cooperación y la inclusión. Populismos y nacionalismos desprecian los procedimientos democráticos, la separación de poderes y el respeto a la ley.

La batalla por la libertad no está ganada. Necesitamos seguir defendiendo con la suficiente pasión y con la suficiente cabeza este gran valor, este valor esencial en un empeño que es político, pero también moral e intelectual. Y hoy basta con volver la vista hacia nuestro entorno más próximo, el propio entorno europeo, para comprobar que la sociedad abierta, el debate racional, las instituciones representativas son atacadas por extremismos de izquierda y de derecha día tras día, y aspiran a tener una expresión política creciente elección tras elección.

Uno de los antecesores del señor Luis Almagro a la hora de recibir el premio FAES de la Libertad fue el politólogo italiano Giovanni Sartori. El profesor Sartori, como muchos de ustedes saben, dedicó su vida al estudio de la democracia liberal. Y en ese sentido, es necesario tener en cuenta lo

que él y muchos otros intelectuales durante la segunda mitad del siglo XX señalaron. La democracia liberal es resultado de una mezcla virtuosa de las mejores tradiciones políticas occidentales: la separación de poderes, el imperio de la ley, la sociedad civil, los derechos fundamentales, las elecciones libres.

Nada de esto, insisto, es un lujo que sólo está al alcance de algunas sociedades privilegiadas. La libertad es la condición para el progreso de una sociedad, también por supuesto para el progreso económico, porque sólo desde la libertad se emprende, se innova, y se crea.

Este es un año de gran importancia para América Latina. El continente afronta a lo largo del 2018 varios procesos electorales, algunos, por cierto, no son dignos de llamarse proceso electoral. Sin duda las elecciones presidenciales en Colombia, México y Brasil tendrán una extraordinaria importancia para la dirección futura que tome el Continente y para el avance de las reformas políticas y económicas.

América Latina ha transitado a la democracia en los ochenta y en la mayor parte de los casos ha logrado consolidar dicho sistema. Ahora se debe afrontar el reto de la calidad. Y en ese sentido, los esfuerzos de Luis Almagro han sido y son muy importantes.

Teniendo presente todo lo anterior, parece lógico que Luis Almagro sea nuestro premio FAES de la libertad en este año de 2018. Desde que tomó posesión de su cargo como el undécimo Secretario General de la Organización de Estados Americanos, Luis no ha parado de defender principios esenciales de institucionalidad y convivencia a través de informes, declaraciones y las iniciativas propias de su posición en la OEA.

Permítanme referirme a dos casos concretos,

El primero, es el informe que Luis Almagro presenta al Consejo Permanente de la OEA el 30 de mayo de 2016. Se trata de un documento exhaustivo y fundamentado que es un verdadero y dantesco descenso a los infiernos. Se detalla la crisis humanitaria atroz que sufren los venezolanos, la ausencia de freno alguno a la arbitrariedad del poder, la complicidad del poder judicial y electoral, la corrupción sistémica, la violencia en que se debate la sociedad. Es el retrato de la tiranía y desde que se escribió nada ha cambiado si no es a peor.

El segundo caso tiene que ver con Cuba. Ya el año pasado, a Luis Almagro se le concedió el premio Oswaldo Payá. Las autoridades cubanas le prohibieron la entrada en el país, como ha ocurrido este año, cuando acudía a la entrega del mismo premio a la Iniciativa Democrática España y América Latina (IDEA) con los expresidentes Pastrana de Colombia y Quiroga de Bolivia. También en 2016 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos había afirmado en su informe anual que “la situación permanente y sistemática de vulneración de los derechos humanos de los cubanos de durante décadas” no había variado sustancialmente. Hoy, podríamos añadir que dos años después ha empeorado. Y por si hubiera duda, el periódico oficial lo confirmaba hace sólo unos días cuando sentenciaba -y cito textualmente- que Luis Almagro “debe tener claro que ni la OEA ni ninguno de sus funcionarios serán jamás bienvenidos en la Cuba revolucionaria de Fidel”.

Pues bien, señoras y señores, ante eso y para finalizar mi intervención, yo sólo puedo añadir: ¡Enhorabuena, Luis!